



D. RAFAEL CERDÁ MICÓ

* el día 26 de enero de 1893

✠ el día 11 de octubre de 1967

COLEGIO SALESIANO S. ANTONIO DE PADUA MATARÓ

Amados hermanos:

Con profundo dolor debo comunicaros la muerte del queridísimo hermano

DON RAFAEL CERDÁ MICÓ

acaecida el día 11 de octubre de 1967, en el curso de una operación quirúrgica a los 74 años de edad.

Don Rafael había nacido en Onteniente, provincia de Valencia, el día 26 de enero de 1893. Sus cristianos padres, José y Gumersinda, le hicieron crecer en un clima familiar de abnegación y trabajo y de una vida profundamente religiosa con una devoción acendrada a la Virgen Santísima. Estas serían precisamente las virtudes más características de nuestro llorado hermano.

A los 11 años, el 2 de octubre de 1904, entraba en el Colegio de La Esmeralda en las cercanías de Sarriá donde los Salesianos tenían los alumnos de segunda Enseñanza y donde ya había pasado algunos años su hermano mayor. Al año siguiente este Colegio se trasladaba a Mataró.

Aquí cursó don Rafael sus tres primeros años de bachillerato bajo la dirección del inolvidable don José Calasanz. Entre sus compañeros gozaba de simpatías extraordinarias y era apreciado por todos tanto pequeños como mayores. Su figura grácil, su carácter amable y piadoso hacían que se le considerara como el benjamín del colegio. Cuantos le conocieron en aquellos años le recuerdan no ya como amigo sino como hermano.

Atraído por los grandes ejemplos de vida salesiana de su director don José Calasanz, y de los demás superiores, manifestó deseos de hacerse salesiano. El día 24 de noviembre de 1909 entró en el noviciado de Sarriá donde encontró en don Manuel Hermida el gran maestro de espiritualidad que supo inculcarle las virtudes salesianas que le distinguieron durante su vida. Su obediencia a las menores indicaciones, su espíritu de piedad y de trabajo causaron gran impresión entre los demás novicios.

Aquel año el noviciado fue trasladado a Campello en la provincia de Alicante. Allí terminó su noviciado con la Profesión religiosa el día 29 de enero de 1911, fiesta de san Francisco de Sales.

En el mismo Seminario de Campello cursó los estudios de Filosofía. Su gran tesón y entrega a los estudios le permitieron suplir su falta de preparación por cuanto no había hecho más que tres cursos de bachillerato.

Hizo el trienio práctico en Sarriá entre los años 1912 y 1915, dando pruebas de su entrega generosa al trabajo. Terminado el trienio hizo la profesión religiosa el 15 de agosto de 1915, fiesta de la Asunción, en el mismo Colegio de Sarriá.

prácticas de Piedad y otros actos de Comunidad. Se le encontraba continuamente en su despacho, atendiendo a las numerosas visitas, respondiendo a las mil preguntas de quienes llegaban en busca de información, solucionando los muchos problemas económicos del Colegio, controlando los diversos sectores del mismo, sin descanso alguno, sin una queja por el mucho trabajo. Su memoria excepcional le permitía estar al corriente de los más pequeños detalles sobre la marcha del Colegio y prever con mucha anticipación los inconvenientes, problemas y acontecimientos a los que encontraba a tiempo el remedio o la solución.

El espíritu de Piedad era el motor de toda su actividad, una Piedad hecha de fe. Su meditación, su Breviario y la Santa Misa ocupaban el primer lugar en la distribución de su jornada y a lo largo del día era frecuente verle ante el Santísimo. Sobre todo era un enamorado de María Auxiliadora, cuya devoción extendía por todas partes.

Su gran amor a lo salesiano era conocido de todos y sufría cuando veía que alguna cosa no se hacía al estilo salesiano. Alma sincera y sencilla, irradiaba a su alrededor un algo de espiritualidad que en cierta ocasión hizo exclamar al recordado don Felipe Alcántara: «Don Rafael es un ángel».

No sería capaz de expresar toda la emoción que experimenté cuando a los pocos días de mi llegada a Mataró se me presentó a darme la cuenta de su vida religiosa y me hablaba a mí, recién nombrado director, con la sencillez y confianza de un novicio. Así era don Rafael: un religioso de una fe profunda.

La obediencia no tenía para él excusas o interpretaciones. Cualquiera que fuera la orden o aun un simple deseo del superior, se entregaba de lleno y no descansaba hasta cumplir la obediencia o indicación recibida. Era característica la sonrisa de satisfacción con que se presentaba al superior para comunicarle que estaba ya hecho cuanto le había sido encargado.

Su puntualidad a los actos de comunidad y sobre todo a las prácticas de piedad era proverbial entre los hermanos. En una palabra: era el testimonio viviente del ideal religioso que había aprendido desde pequeño bajo los ejemplos y enseñanzas de los grandes maestros de la espiritualidad salesiana. El colegio Salesiano de Mataró le considerará siempre como el gran salesiano que ha creado su prestigio y grandeza actual, a través de tantos años dedicados a su mejoramiento con su inagotable actividad y energía.

Aun cuando su salud estaba ya bastante quebrantada, especialmente a raíz de la muerte de su hermana acaecida en enero último y que le afectó mucho, nunca demostró cansancio ni pidió que se le relevara del cargo. Pero los superiores juzgaron llegada la hora de darle el merecido y necesario descanso. Y así en el mes de agosto nombraron nuevo prefecto destinando a don Rafael al cargo de ecónomo para que no sufriera por su separación de toda actividad

ter tan bondadoso como él. Sabía corregir, pero con bondad. Hoy le puedo decir que, debido a sus enseñanzas, he podido situarme en la vida. Los años pasan pero las enseñanzas recibidas permanecen para siempre. Al escribirle estas líneas estoy emocionado ante la pérdida del profesor, más aún, del amigo. En nombre de los Antiguos Alumnos de mi clase de Comercio, en nombre de todos los que hemos pasado por esa santa casa, quiero rendir un homenaje a sus desvelos y elevo una oración por el eterno descanso del profesor, del amigo entrañable.»

Su mayor preocupación era hacer de sus alumnos auténticos hombres y cristianos convencidos. Todas las promociones de alumnos pasados por Mataró le recordarán por su afán de formación y educación salesiana de la juventud. Cuantos salesianos trabajaron con él en aquellos años encontraron en don Rafael el colaborador servicial y generoso en todas las actividades del Colegio y le recuerdan igualmente con cariño y veneración extraordinarios. No puedo dejar de mencionar una carta de don Modesto Bellido que pasó también muchos años en el Colegio de Mataró: «Me encuentro entre los salesianos que tienen con el buenísimo de don Rafael grandes deudas de gratitud. Como clérigo fue en Mataró mi catequista. ¡Cuánto aprendí de él! Años más tarde ocupando él, el cargo de consejero, me ayudó mucho en el mío de catequista. Con extraordinaria comprensión y prontitud facilitaba las iniciativas y actividades de las Compañías. Posteriormente y sucediéndome en el cargo de catequista, me ayudó muchísimo en el mío de director. Nunca olvidaré sus delicadezas y atenciones, así como su incondicional ayuda en todos los instantes. Edificantísimo se mostró siempre don Rafael en la obediencia cordial y activa. Era fruto de su profunda humildad y gran espíritu de fe.»

Terminada la guerra civil, volvió a ocupar su cargo de catequista, hasta que en el año 1942 fue nombrado prefecto en la misma casa de Mataró. Sus desvelos y preocupaciones por las mejoras materiales fueron semejantes a sus ilusiones apostólicas de los años anteriores. Su pobreza, su generosidad, su espíritu de trabajo serán recordados por muchos años.

En enero de 1949, al morir el recordado don Daniel Conde, fue nombrado director de la casa salesiana de Alicante. Allí tuvo ocasión de demostrar hasta dónde llegaba su devoción filial a María Auxiliadora, devoción tan tradicionalmente arraigada en aquella ciudad. Los A. A. de Alicante recuerdan en él «al gran modelo de virtudes religiosas y salesianas y especialmente su trabajo silencioso, abnegado y bondadoso; y guardan de él un recuerdo imperecedero.»

El año 1952 fue destinado de nuevo a esta casa de Mataró para continuar en su cargo de prefecto. A pesar de la edad continuó trabajando intensamente en la administración. Su dedicación al trabajo no conocía más límites que los de las horas dedicadas a las

En octubre de ese mismo año volvía a Campello para hacer el primer año de Teología. Terminado éste y ante la penuria de personal suficiente para atender a las numerosas obras que iban surgiendo en la Inspectoría, los superiores decidieron que los estudiantes de teología continuaran sus estudios distribuidos por los diversos colegios al mismo tiempo que atendían a la enseñanza. Por esto, y tras un año de servicio militar prestado en Sarriá, lo encontramos en su querido Colegio de Mataró, que a partir de 1916 será casi exclusivamente el campo de su trabajo y de su apostolado. El no haber podido continuar regularmente sus estudios de Teología en el Seminario, fue una de las mayores penas de su vida, como lo manifestaba días antes de su muerte; una laguna que él cuidó siempre de suplir con la lectura de obras de Teología que hemos podido encontrar entre sus libros.

Para poderse capacitar cada vez más para la enseñanza, dedicaba los veranos al estudio de la lengua francesa en la que llegó a alcanzar una soltura y facilidad extraordinarias, tanto que sus clases de francés resultaron uno de los buenos recuerdos que sus alumnos guardan de don Rafael.

Finalmente pudo ordenarse de presbítero el 29 de junio de 1919.

A partir de esta fecha empieza la larga serie de sus actividades apostólicas, siempre en el Colegio de Mataró, ocupando sucesivamente los cargos de ecónomo, catequista, confesor y consejero hasta el año 1936 en que al estallar la guerra civil pudo trasladarse a Onteniente donde pasó los tres años en compañía de sus familiares.

De ese largo período desde el 1919 hasta el 1936 sus alumnos guardan los mejores recuerdos. Se le consideraba como el decano del Colegio y era fiel guardián de las tradiciones y del espíritu salesiano que desde el principio supieron infundirle tantos buenos salesianos que por él habían pasado. Conocía uno a uno a todos los alumnos y gracias a su prodigiosa memoria era capaz de dar todos los datos y pormenores interesantes de su estancia en el Colegio. Y aun acabados sus estudios los seguía siempre con verdadero cariño. Todo ello era fruto de la total entrega de su vida a la formación e instrucción de todos, sin distinción alguna.

Su espíritu de trabajo le hacía dedicarse sin descanso a los diversos cargos que los superiores le encomendaron. Dedicaba sus preferencias a los alumnos más difíciles a quienes con seriedad, pero con bondad, sabía ganarles el corazón. Profundamente nos ha emocionado la carta que un alumno de aquellos tiempos nos ha escrito y que dice: « Entre los 270 alumnos, yo no era ciertamente de los mejores sino todo lo contrario, al extremo de que casi ningún Padre podía conmigo. Pero don Rafael, con su paciencia, supo ganarme el corazón y hacerme cambiar de conducta. Nunca he visto un carác-

y sirviera al mismo tiempo a la continuidad del cargo tan tradicionalmente por él ocupado.

Pero el mismo día en que debía llegar el nuevo prefecto sufrió un ataque al corazón. Su fuerte constitución logró superar esta crisis. No obstante a los pocos días nuevas complicaciones graves nos obligaron a internarlo en una clínica. Su paciencia, su resistencia al sufrimiento se pusieron entonces de manifiesto. Era de ver la serenidad y tranquilidad con que afrontó su nueva situación.

Juzgándolo suficientemente recuperado después de más de un mes de estancia en la clínica, los médicos vieron la necesidad de operarle de próstata. Tras un último examen del cardiólogo, que dictaminó la posibilidad de que soportara la anestesia, el día 11 de octubre por la mañana era sometido a la operación. Un inesperado ataque al corazón en el curso de la misma, impidió que esta llegara a feliz término. Rápidamente y en la misma sala de operaciones le administré el Sacramento de la Unción de los enfermos y la Bendición Apostólica, mientras los médicos hacían todo lo posible para reanimarlo. Fracasaron todos sus esfuerzos y el buen religioso entregó plácidamente su alma a Dios. Eran las diez y media del día 11 de octubre.

La noticia de su muerte llenó de consternación a cuantos Salesianos y Antiguos Alumnos le conocían y se honraban con su amistad. La asistencia al funeral que tuvo lugar al día siguiente fue muy numerosa. El mismo Padre Inspector don Francisco Oliván quiso celebrar la Misa de funeral y pronunció unas sentidas palabras de despedida, para rendir el homenaje de admiración y gratitud de toda la Inspectoría al hermano ejemplar que dejó unas huellas indelebles de espiritualidad y trabajo salesianos.

Estamos seguros de que al perderle en esta tierra, hemos adquirido un intercesor en el cielo. No obstante, nuestra gratitud nos exige un recuerdo en nuestras oraciones por quien entregó toda su vida al ideal salesiano.

Rogad también por este Colegio de Mataró, campo principal de sus actividades y por quien se profesa vuestro affmo. hermano en Don Bosco

Fermín Larrañaga Iza

Director